Vino y Rosa

C.J.

De vino y rosa

Capítulo 1

El trabajo es mi padre, la apatía mi madre y los problemas han sido mi escuela durante toda la vida. Una "familia" disfuncional, sin dudas, que me amoldó como una persona "imposible de recordar, pero difícil de olvidar". No soy cursi, al contrario, despilfarro un humor tan oscuro como el fondo del mar en una noche sin luna y sin estrellas. Sí; muy negro. Pero me gusta el cine y quise empezar este relato con una frase que me gusta, sobre una película donde una chica amistosamente acosa a un chico, hasta que lo hace dependiente de su compañía. Algo así encontrarás más adelante, solo que al contrario. Yo, la chica, te contaré como me enamoré de un chico que no me era correspondido. Pero debo adelantarte que, en esta historia, no hay un final feliz.

Como te explicaba al principio, mi vida ha sido poco tradicional. Crecí con mi abuela, en una casa sin lujos y con poco afecto. Me quería, de eso estoy segura, pero abrazarse era uno de esos artilugios que escaseaban en la galera familiar que llamaría "hogar" hasta que pude pagar mi piso en Aluche, a los 19 años. Pero, obviamente, algo de eso heredé. No me gustan los choques de mejilla al saludar. Me parece absurdo tener mi cara pegada a la cara de algún desconocido, para convertir mi boca en un culo pedorro y jugar con saliva para soltar un *"muack"* al aire. Prefiero un "hola", extender mi mano y estrechar otra, asentando con la cabeza. Eso me genera tranquilidad, porque me alejo del posible mal olor del nuevo ex-desconocido. Pero, además, me siento una Geisha moderna al presentarme con distancia, aparentando formalidad.

Antes de continuar, debo confesar algo: Hoy he decidido ser franca. Así que dejaré fluir mis ideas y convertiré en letras todo lo que necesito contarte. Tal vez me exceda en algunos detalles, pero quiero dibujarte con la mayor exactitud posible, los eventos que cambiarían mi forma de ver la vida. Estoy segura de que entenderás por que contarte esta historia. No derrocharé palabras para explicar mi verdad; era una puta de closet. Sí, según yo, era una gran amante experta en kamasutra, a la espera de mi debut. No es que llegué virgen a la novela. No me malinterpretes. Pero mi experiencia es bastante corta. Tanto, que lamentablemente, recuerdo todos los breves episodios. No quiero decir que esté arrepentida, pero hubiera preferido mantener mis pantalones en su sitio y ahorrarme los 20 segundos de embestidas torpes de algún compañero de copas que aprovechara la miopía borracha que me provoca el vino y que hace de un fulano *equís*, el polizón Jack Dawson que me enseñaría a escupir, antes de dibujarme desnuda y hacerme el amor en la parte trasera de un coche antiguo, para luego morir congelado en medio del mar salvándome la vida. Pero, en 20 segundos, solo queda espacio para una erección mediocre, balbuceos *semi-pornos* de algún machote precoz con prematuro

exceso de atención materna.

Está bien, sé que no estoy libre de culpas y que soy la responsable de nunca haber sido tratada como imagino que debía. Supongo que mi personalidad desprendida e independiente, que tanto trabajo me ha costado desarrollar, muchas veces me convierte en un trofeo de pared para algún compañero de trabajo birriondo y solo eso, nada más que eso. La forma en la que me proyecto y mi debilidad por el vino, sin duda, han propiciado estos penosos encuentros que me ha tocado registrar como una cadena perpetua para mi cerebro. Me gustaría ir al médico con una bolsa llena de datos que le permitan encontrar esos recuerdos en mi cabeza y borrarlos. Pero, no. Eso solo pasa en las películas y aún en las mañanas siguientes, seguía ahí el fraude, mal llamado "aventura", de la noche previa.

Me encanta el vino. Es mi placer, mi sexo, tal vez mi orgasmo. La forma en la que tinta el cristal de una copa, llega a mi lengua y, poco a poco, se apodera de mi razón, tiene que ser muy parecido al amor y a enamorarse. Es por él, por el vino, que decidí conocer París. Máximo y absoluto *cliché* de solterona, lo sé. Pero no me importa lo que pienses. Quise una foto en la torre *Eiffel* y caminar, copa en mano, por *Les Champs-Élysées*.

Quise celebrar mis 30 años con mi compañero incondicional y nadie más; Será mi luna de miel y, aunque no me lo exige, juro estar con él hasta que la muerte nos separe.

Fue ahí, en París, donde lo conocí. Un tipo atractivo, de buenos modales, atento, bueno para la cocina, un hombre cercano a los 50, pero en muy buena forma, que te escucha cuando le hablas y con solvencia económica. Un ejemplar como el que describo, sólo y de paseo turista en la *"ciudad del amor"* (aunque en realidad es *"la ciudad de la luz"*). A primera vista era fácil suponer que el tipo es súper *gay*. Pero, no; No es maricón. Por lo que en mi cabeza se activaron todas las alarmas. Me fui a una ciudad extranjera a disfrutar de mi misma y de mis caprichos. No me interesa ser el premio en otra pared. Así que, *Run! Forrest, Run!* y aléjate de otros 20 segundos de mal polvo y quédate con la idea de que este si era el *Edward Lewis*, que me llevaría de *shopping* por *Beverly Hills* y renunciaría a cualquier prejuicio, con tal de hacerme sentir una mujer bonita y nada más.

Aterricé cerca del mediodía en *Orly*. Tomé un taxi hasta el hotel, hice el respectivo *chek-in* y me fui a la primera cita con mi único compinche planificado para el viaje; un divino (y costoso) *merlot*. Lo mejor de enredarte con el vino es que siempre encontraras más. Suficiente para quedar llevarme a la cama y dejarme deliciosamente acabada. De hecho, fui yo quien terminó destrozada esa noche. Justo antes de vomitar el espíritu al pie de la torre *Eiffel*, me hice la peor foto del mundo. Tan desenfocada, como mi sistema digestivo en ese momento. Vomité y no

hace falta explicar lo poco atractiva que te hace el expulsar *crepes* de chocolate por la boca. Aún así, alguien tenía que sujetarme el cabello y ayudarme con los tacones tan espectaculares como incomodos, que escogí para mi primera excursión por una ciudad tan *fashion* como la capital francesa. Mi recuerdo del primer día de luna de miel, termina ahí. No supe más. Se apagaron las luces y *au revoir!*

Pero entonces llegó la mañana…

Desperté en una cama desconocida; apenas había dejado las maletas y, aunque era una habitación extraña para mí, afortunadamente era la que me correspondía. Estaba vestida y sin rastros de haber sido manoseada. Me levanté y caminé hasta el baño. Sin tardar noté que debía hacer algo con mi cara, mi cabello y mis ganas de vivir. La cabeza me daba vueltas y mi cerebro era un *yihadista* sin presupuesto para un *C4* que me sacara de la agonía de manera más efectiva. A pesar del miedo de verme en el espejo, lo hice y, además de mi aspecto zombie, encontré una nota escrita a mano que decía: "por favor, deja vino para los demás…" me gustaría decir que no había nada más, pero no es así. También dejó una rosa sobre la porcelana donde luego terminaría de vaciar mi organismo. Como decía al principio, no soy cursi y me molesta la cursilería. Pero ahí estaba; un turgente botón rojo, con espinas y sin arreglar.

Esa tarde no pude salir de la cama. Mi pasarela de moda, estaba dibujada entre la alcoba y el baño. No fue hasta la mañana siguiente cuando pude levantarme y bajar a desayunar. Me reencontré con la vida en una taza de café. Pero, mientras evaluaba el menú y las delicias que me ofrecía la tierra del *croissant* y el *chantilly*, llega a mí un plato de *crepes* con chocolate, adornados con unas fresas enormes, a las que no sabía si hacerles una foto o comerlas de inmediato. Esta escultura culinaria me fue servida por un hombre apuesto y de sonrisa tallada por las diosas más lujuriosas que puedan existir. Además de mi desayuno, este hombre me serviría otra frase meticulosamente seleccionada; "es una lástima que se hayan perdido debajo de la torre *Eiffel*…"

Acto seguido, *Mr Comillas*, sin invitación alguna, se sentó en mi mesa y comenzó a beber su *mimosa* sin forzar conversaciones, ni intentar taladrar mi intimidad con preguntas personales o interrogantes adornadas con galantería.

Capítulo 2

Para mi atípica luna de miel, me di el gusto de escoger un hotel precioso. El restaurant tenía un ambiente muy novelesco, pero al mismo tiempo te hacía sentir como parte de la realeza. Obviamente, después de haber perdido un día en la terapia intensiva de mi resaca, decidí despertarme muy temprano para tratar de recuperar el itinerario y descubrir París. Por suerte la pequeña mesa redonda para solo dos personas y arrinconada entre ventanas muy grandes, estaba esperando por mí. Afuera aún quedaba verde del verano, un cielo despejado y mucha luz. De no ser por el tenue olor a tierra mojada aun por el rocío de la matutino y que llegaba a mi cara con una leve brisa fresca que anuncia la proximidad del otoño, hubiera jurado que estaba en presencia de una fotografía perfecta de la ciudad más coqueta, siempre encantada de posar para el foco de cualquier romántico perdido.

Al ver que mi auto-proclamado anfitrión improvisado se limitaba a beber su trago y leer las notas de la prensa, tuve que romper el hielo y ser yo quien iniciara la conversación. No te voy a mentir; estaba intrigada por saber cómo este sujeto iba a dañar el retrato que me había inventado hasta entonces. Así que inicié la investigación con discreción y mucho tacto.

-Y tú ¿Quién eres? –lo sé, mentí. Era tanta la prisa por terminar el numerito, que no tenía tiempo para delicadezas– ¿Eres una especie de camarero complementario?

-Sí –responde en tono agradable– dependo de tu propina para pagar mi desayuno.

Ya esto era el colmo. No podía creer que el tipo no se abalance sobre mí con una sarta de preguntas invasivas. Respondió, retomó su lectura y prosiguió con su inapropiado desayuno. Yo, aún esperando que se destrozara su mesura y se convirtiera en el macho fastidioso que debe estar queriendo salir de sus entrañas, me mantenía escéptica y alerta de no contratar un escolta insoportable para el resto del desayuno. Pero consciente de la amabilidad y la moderación con la cual invadía mi espacio por segunda vez. Aunque no le había invitado, sé que debía agradecer el que me hiciera llegar a salvo a mi hotel, en la noche que vomité los pies de la señora *Eiffel*. Pero no la tendrá nada fácil, me lo propuse firmemente.

-El café es gratis –continué con petulancia– y es un desayuno más coherente en lugar del alcohol mañanero. Además, hay muchas otras mesas que estás descuidando y arriesgándote a perder la remuneración

de otros extraños que tampoco piden de tu compañía.

-Puede que tengas razón. Pero esta mesa es la que tiene mejor vista –responde con serenidad– y no es justo que pretendas hacerla de tu exclusividad. Además, sentado acá, evito que otro intente irrumpir en tu particular luna de miel.

¡Mierda! El tipo es psíquico o creo que alguien habló de más durante el paseo de la vergüenza de camino al hotel; pensé mientras me congelaba y sentía como el color se desvanecía de mi cara.

-No te asustes, no hablaste demasiado –notó en mi aspaviento el desconcierto de su comentario– me diste una pequeña síntesis de por qué habías llegado al sitio donde te encontré de rodillas, desentrañando estruendosas arcadas.

No sé si fue la vergüenza o lo extrañamente agradable que me sentía estando cerca de él, pero dejé que una carcajada se me escapara y fue aún más encantador cuando él, al verme, sonrió y desvió la mirada de regreso a su lectura. Nada más. Esa pequeña mueca risueña fue suficiente para sentir como un montón de hormiguitas se paseron por el sendero de mi espina dorsal. Así de rápido, caí cautivada por este *paisano* que aún no me dice su nombre, ni se precipita en preguntar el mío.

Una vez terminé de desayunar, cortésmente me exigió no perder otro día más encerrada en el hotel, lo cual ya lo tenía bastante claro. Me citó para encontrarnos 30 minutos más tarde en el lobby, después de escoger zapatos acordes para caminar sobre adoquín o césped y equiparme con un paraguas. Aunque no había pronóstico de lluvia, hice lo que me encomendó. No lo hizo de manera posesiva o impuesta. Sentí que ya lo habíamos acordado de esa manera y que era el asignado a programar el resto de mi estadía en la capital francesa.

Para resumir, al final de esa tarde ya no aguantaba mis pies. Nunca dije que fuera una persona atlética ni mucho menos. El deporte es algo que ocurre en la televisión los fines de semana y que no incursiono en ello, porque prefiero ver películas. Por suerte, puedo comer todo lo que quiero y conservar mi figura delgada, con un culo en su sitio. Creo que caminé como nunca. Pero fue lindo todo lo que Santiago me mostró de la ciudad. En una maratónica jornada, vi todos los sitios más emblemáticos. Sí, para estas alturas, ya sabíamos quiénes éramos y algunos de los motivos que nos habían llevado al mismo destino. Fue al final de la excursión cuando, recorriendo el camino trazado por el *Sena* y con exquisito vino tinto que bebimos directamente desde la boca de la botella, nos vimos intercambiando reseñas de cada uno. Él, con reserva, pero muy interesado en lo que escuchaba. En mi caso, quería que él supiera todo de mí. Le conté mi desafortunada vida amorosa y las razones por las cuales había decidido convertirme en la *señora de Merlot*. Se apasionó por mi

profesión y se conmovió de verme como una abogada exitosa, haciéndome sentir orgullosa de mis sacrificios y la perseverancia con la que conseguí las metas que soñaba en los pequeños espacios que encontraba entre mis 2 trabajos y la universidad, tantos años atrás. Me hizo sentir importante y, en el poco tiempo que tenía de conocerme, fue el primero en brindar conmigo y celébrame como una mujer independiente, inteligente y, con un par de cumplidos acertados, me hizo sentir la más hermosa del planeta. Hasta me convenció de haber sido bautizada con el nombre más hermoso del mundo. Cuando brillaba la luna encima de nosotros, ya no éramos dos extraños caminando delirantes por aceras impregnadas de fantasía y picardía.

Con un escenario magnifico, que perfectamente podía haber sido diseñado por Woody Allen y una de sus historias mágicas, de largos diálogos y planos abiertos, festejaba mis 30 años. El mismo día que conmemoraba el aniversario de mi nacimiento, viví una graduación y me hice consciente de mi realización como mujer. Debo decir que fue un evento fantástico e inesperado.

Obviamente mi noche no terminó aquí. Antes de continuar, te pido que me entiendas. Este hombre espectacular me ha hecho sentir en un día, la felicidad y la satisfacción que he desconocido durante toda mi vida adulta. Me mostró cosas nuevas, lugares tan hermosos como sublimes, me dio de probar sabores exquisitos y ha sido el caballero que he esperado en mi torre desde que fui maldita con la mala suerte de tropezarme con idiotas y *peleles*. En fin, el tipo es bello y yo, para ese momento, estaba divinamente intoxicada con el elixir de las uvas. Así que sucumbí. Me fui sobre Santiago y lo besé en los labios. Él, caballerosamente, correspondió a mi arrebato de ímpetu y continuó con el beso más apasionado que había probado hasta entonces. No hubo manos exploradoras. Sus brazos rodeaban mi cintura, mientras mis dedos removían su barba. Luego de besarnos durante el instante perfecto, me miró fijamente a los ojos y me besó una vez más, con ternura y fugazmente, para luego disponernos a caminar aferrada a su brazo y debajo del paraguas. Comenzaba a llover y el golpe de las gotas avisaban que debíamos regresar. En mi cara, se instaló una sonrisa, que no pude borrar mientras veía lo bonita que era la noche parisina vestida de lluvia.

De regreso en el hotel, me acompañó hasta mi habitación. Podía hacer lo que quisiera conmigo. Quería besarle, tocarle, desnudarme y entregarme para que hiciera conmigo lo que se le ocurriera. En mi cabeza le hice el amor más de diez veces mientras caminábamos de vuelta. Sin embargo, con mi cara de miedo al presentir que se despedía, me tomó por la cintura y me acercó impetuosamente a él, mi cuerpo se tensó y se aceleraron mis latidos con tal fuerza que me sentí embriagada de ganas por tenerlo dentro de mí. Me besó, su lengua era una delicia en mi boca. Esta vez me tocó con precisión y con subliminal malicia, mientras mi piel pedía ser esclavizada por las manos de este varón que me altera cada poro del

cuerpo y enciende mi femineidad. Se detuvo de repente y, mirándome firmemente, me dijo “esto que sientes y con lo que te irás a la cama, se llama deseo. Disfrútalo o súfrelo hasta que te puedas dormir. Pero, desde mañana, recuerda lo que hoy sientes y nunca más te dejes tocar por nadie que descuide encender las sensaciones que hoy te sacuden los sentidos.” Se dio la vuelta y se fue. Con el corazón golpeándome el pecho, con los nervios a flor de piel, como pude, convertí en pasos el temblor de mis piernas, para llegar hasta la ducha. Necesitaba apagar un incendio dentro de mí. Creo que a ratos lo odiaba por calentarme e irse, hasta que frente al espejo y ya calmada, me vi sonreír; sentí que algo despertó dentro de mí y me moría por ver que vendría a continuación. Seguro que había más y que solo con Santiago lo podía descubrir. El vuelo que había abordado en *Barajas*, ya no sería a través de edificios franceses. Con él, comencé a viajar a través de mí, conociéndome cosas que tenía escondidas y que son una delicia.

Capítulo 3

Aún vivo en Madrid. Ya no en Aluche. Tengo un piso muy cuchi en Majadahonda. Mi éxito laboral me ha permitido aumentar mis gastos en renta. Aún me encantan las películas, sin discriminar entre nuevas o viejas. Me da igual verlas en el cine, o disfrutar de ellas en el sofá de mi casa. Por supuesto, siempre con una copa de vino en la mano. Tampoco segrego entre tintos o blancos. El color lo decide mi antojo en el momento. Aunque me gusta salir, te confieso que se divertirme con amigos y *de tapas*, por lugares del centro, como *La Latina*, *Malasaña* o *Chueca*. Pero igualmente consigo entretenimiento en el salón de mi casa, en compañía de mi hijo y mi esposo, con quien tengo la fortuna de compartir el gusto por el vino. Como tendrás que suponer, eres una mujer y sabes de lo que te hablo, salí del closet y soy diabla o sumisa en el sexo según se me antoje. Sin embargo mi selección de pareja, además de afinarse, se limitó a la sobriedad (o por lo menos sensatez) y al interés que me prestase el portador del pene con el que me revolcase. Desde aquella noche de lluvia, hubo cambios importantes en mí. Incluso en mi personalidad. Ahora puedo decir que soy cariñosa y hasta puedo presentarte testigos de ello.

Desde mi visita a París, no he vuelto a ir. No descarto volver, pero antes me he dedicado a conocer otros lugres del mundo. Aunque te confieso; ningún viaje ha sido tan revelador como aquel en el que conocí a Santiago.

En la mañana siguiente del beso y el despertar del deseo en mis bragas, tardé más de lo normal en incorporarme al mundo de los vivos. Quería ver a Santiago. No me lo podía sacar de la cabeza. Pero nuestra historia se iba escribiendo en lo improvisto. Quería buscarlo, pero no sabría dónde. Como te conté antes, a pesar de compartir cosas de sí mismo, lo hizo manteniendo una cierta reserva. Tal vez por eso el miedo me retuvo en la cama. Pasaba de pensar en lo maravilloso del momento en la puerta de la habitación, hasta a justificar en alguna difusión eréctil, el que este señor no me haya zarandeado toda la noche. Nunca había estado con un tipo mayor que yo, pero me cuesta creer que un cuerpo de 48 años de edad, muy bien conservado por el ejercicio y la buena alimentación, tenga mal funcionamiento en alguna de sus partes. Mi *Mr Comillas* sabe lo que hace y, si no siguió más allá, por algo será. Además, si toda la especie masculina se desenvuelve sexualmente en 20 segundos; no me perdí de gran cosa.

El ruido en mis tripas avisaba que moría de hambre. Esta vez la resaca era distinta. Mi cuerpo se sentía diferente. Como si me hubiera devorado toda la energía que tenía en reservas, pero al mismo tiempo había en mí un impulso extraño. Sin más darle vueltas a la cabeza, me metí a la ducha. Los primeros golpes de agua que refrescaban mi acalorado cuerpo,

me llevaron a la noche anterior y a la lluvia junto al *Sena*. Otra vez a los brazos de Santiago y sus manos que, con un poco de imaginación, las moví por mi piel para recrear el instante del beso. Me descubrí tocándome entre las piernas. Fue inconscientemente espontaneo. El solo evocar el calor que abrigué en mi vientre la noche anterior, me llevó de forma instintiva a revelar la sensibilidad de mi clítoris. Es poderoso. Fue tanto el gusto, como el susto. Al darme cuenta de lo que hacía, a pesar de sentirme muy excitada, me detuve y terminé mi ducha. Nunca me he tocado ahí abajo. Mi abuela decía que era abrirle la puerta a *Satanás*. Así que ni loca me atreví a dejar entrar a ese señor. Dejé la responsabilidad de sentir placer en otros que no se involucraron un poco en buscar complacerme.

Terminado mi episodio en el baño y, otra vez con el tembloroso caminar descubierto unas horas antes, me dispuse a vestirme. Escogí un vestido muy *coqueto*. Muy bonito y que permitiera a Santiago ver mis piernas. No tenía certeza de verlo, pero no era capaz de descartarlo. Mi muy disimulado asombro fue llegar al restaurant y escudriñando entre las mesas, observar a mi *príncipe azul* instalado en la misma mesa de fotográfica vista, donde nos acompañamos la mañana anterior. Esta vez bebía *Vodka Tonic*. Este señor sabe de muchas cosas. Conversar con él resultaba muy entretenido. Pero no tiene ni idea de lo que es seleccionar en el menú un alimento apropiado para las 09:00am. Esta vez intentó convencerme de que se preocupaba por el consumo de vitaminas y presumió de la mínima rueda de limón que había en el vaso. En fin, yo sí que tenía hambre. Me pedí un desayuno *américain* (huevo frito + tocino frito) y agua, en cascada si era posible.

En esta oportunidad, me dispuse a preguntar. Lo que me hizo entender que no sabía más de él, sencillamente porque no había indagado. Respondió todas mis preguntas. Con mucha serenidad. Como quien no le debe nada a la conciencia y no alberga ningún arrepentimiento. Supe que su solvencia económica se debía a una empresa gigante de publicidad, la cual había heredado y había sabido hacer crecer. Explicó que había viajado mucho y que la actividad de la empresa no dependía de su presencia. Que había delegado mucho en su hija de 23 años. Recién graduada y con una entereza que le hacía sentir orgullo, admiración y una evidente emoción cada vez que hablaba de su *linda Valeria*. Liberó algunos botones de su camisa, para mostrarme el "14-02-1990" tatuado encima de su corazón y que significaba la fecha de nacimiento de su pequeña. Un poco entre sonrisas y complicidad, me contó lo irónico de la fecha, puesto que *su Valeria* no había tenido suerte con el amor, hasta entonces.

Supe que mi galán madrileño había estado casado y que el cáncer le hizo viudo cuando *Valeria* apenas tenía 13 años. Estuvo muy enamorado de su mujer, sin embargo no era esto lo que le había alejado de intentar posteriores relaciones. Entre risas y gestos de fingido desgaste de

paciencia, justificaba que tratar de entender a una adolescente, era suficiente contacto con el sexo opuesto, como para consolidarse sentimentalmente con otra mujer. Así que nunca más pensó en casarse, a pesar de haber tenido algunos *idilios* casuales y *revolcones* circunstanciales. Confesó que lo ocasional de los encuentros, no justificaban el desinterés por complacer a estas compañeras de una noche. Pensaba en lo mucho que le habían querido las mujeres que le rodeaban y que, por respeto a ellas, no escatimaba en *mimos* para con las muchachas que se tropezaba en algunos de sus viajes.

Finalmente creía saber todo de Santiago. Sin embargo fue al revelar el motivo de su viaje a París, con el que un nudo se instaló en mi garganta y sentí que la vida me estaba haciendo la peor de las bromas. Después de pasearme por las tramas de las películas más románticas de la historia, me vi corriendo a lo largo de *Elm Street*, huyendo de un desfigurado monstruo humano con garras, que me apretaba el corazón y me atrapaba en una pesadilla. Resultaba que París era la última escala de su viaje final. Al día siguiente se embarcaba hacia Ámsterdam, donde tenía programado cerrar su estadía en la tierra. En lugar de perderse en el *Barrio Rojo*, estaba previsto internarse en un hospital para "despedirse en sus propios términos". Todo estaba ya organizado para que el mundo siguiera girando sin su participación. Con sus asuntos en orden, ya no veía por qué convertirse en una carga para nadie, mientras se marchitaba inevitablemente por un "maldito cáncer" que ya le había asignado fecha de caducidad. Así sin más y, con los ojos llenos de lágrimas, vi delante de mí a un hombre sereno, que no se atrevió a ofrecerme imposibles, ni a dibujarme futuros para conseguir meterse en mis pantalones. Al contrario, se mostró tanto como quise ver y, en esa conversación, aprendí que no siempre es bueno saber tantas cosas. La ignorancia algunas veces tiene su virtud.

Ahora que lo pienso, debe haber sido súper contradictorio para quien nos estuviera viendo en ese momento y, hasta para él, cuando se vio obligado a levantarse de la silla, para abrazarme y consolarme mientras era él quien se estaba muriendo. Hecha un mar de lágrimas, me regañó con sutileza y me pidió que me centrara. Él me había preparado un día maravilloso y debía ponerme en marcha inmediatamente. Así que, guardé mis mocos en la servilleta de tela y me mostré lo más digna y firme que pude aparentar.

Antes de subirme al transporte contratado por él, le pregunté a dónde íbamos y sacó de su mochila de frases gloriosas una más; "la felicidad está por ahí afuera. Es tu responsabilidad buscarla y encontrarla. Hoy te irás a conocer más de tu novio y te divertirás como nunca. Tanto, que no querrás estar ebria esta vez, para no arriesgarte a perderte de algún detalle." Entré en la parte trasera del coche, el cerró la puerta y arrancamos. En el asiento me esperaba una espinada rosa roja y una nota que decía; "Hoy te comparto con el *Sr. Merlot*. El día para él, la noche

para mí.”

Pues sí… lloré todo el viaje. Supongo que no era su plan. Pero pregunté y respondió, así que no podía recriminarle nada. En el contrato no habíamos estipulado confesarnos o jurarnos para siempre. Ni siquiera había contrato. No nos debíamos nada. Así que de repente me vi a las afueras de París, en una finca hermosa y rodeada de uvas. Santiago conocía a los dueños y estos me tenían preparada una visita guiada, que incluía una deliciosa comida en el campo y la charla de un *Sommelier* que me hablaría de la vid y del vino, con una exquisitez que solo de escucharlo me haría aguas la boca. Mi copa nunca estuvo vacía. No así mi pecho. Cada sorbo, se perdía en los latidos sin fondo de un corazón que se había quedado en la mesa de vista fotográfica, en un hotel de parís.

Vi el atardecer desde la ventanilla trasera de mi exclusivo *carruaje* mecánico. Con la caída del sol, el cielo se cargaba de una nostalgia de la que sentía ser la culpable. No podía evitar pensar en el día siguiente. En el que me despediría de mi *Mr Comillas* para siempre y sin esperanzas de toparlo por casualidad en alguna mesa del *Retiro*, mal-desayunando con algún trago de licor y poco hielo.

Capítulo 4

Esperaba verlo apenas llegar al hotel. Me hacía ilusión que estuviera esperándome en la puerta con algún plan preparado para nosotros. Pero no fue así. Definitivamente este señor no funcionaba como me imaginaba y, sobre todo, le encanta aparecer sin invitación. Así que me tocó entrar al hotel y caminar por el hall escudriñando cada recoveco del hotel, con la esperanza de encontrarlo antes de entrar al ascensor. Aún en el ascensor me esperaba tropezarme con él. Pero, no. No estaba a la vista. El embrujo en el cual me encontraba atrapada era tal que, aunque todavía no lo había encontrado, jamás se me pasó por la cabeza el que ya no lo volvería a ver. Sabía que tendría la oportunidad de despedirme.

Fue entonces cuando llegué a mi habitación y al abrir la puerta, lo vi decorando una mesa improvisada en medio de la alcoba. Sonaba una música muy acorde con la ciudad. Toda en francés. Si pretendía decirme algo con alguna canción, no me enteraría. Pero no, por suerte solo fue seleccionada para crear un ambiente musical que acompañara el resto de la velada. Se acercó a mí. Besó mi mejilla; esta vez yo no extendería mi mano para saludar con distancia... ni loca. Preguntó por algunos detalles de mi paseo, mientras me servía una copa de vino blanco. Una vez cumplido el protocolo del saludo, sin comentar nada y sin pedir permiso, me llevó de la mano hasta la tina llena de agua tibia y desbordada de espumas, con un aroma a flores que inundaban todo el lugar. En silencio y, obviamente sin invitación alguna, comenzó a desnudarme muy despacio. Mientras me despojaba de cada prenda, sentía como sus dedos rozaban mi piel y despertaban mis poros. En poco tiempo me quedé voluntariamente indefensa y vulnerable en frente de este inédito testigo de mi desnudez.

Una vez cubierta por el agua aromatizada, él masajeaba mi cuello y mis brazos. Me sentí completamente relajada, como si el peso de mi cuerpo estuviera sostenido por él y mi alma levitase dentro de la tina. Estaba intoxicada de ganas. Cada caricia me alejaba de cualquier posibilidad de defenderme. Cosa que no estaba en mis planes igualmente. Se detuvo al percatarse que en mi copa se terminaba el vino. Por un breve instante. Luego de llenarla, recuperó sus atenciones y en un parpadeo, sus manos llegaron a mis pechos y su boca a mi cuello. Fue ahí cuando me alzó en sus brazos y me llevó hasta la cama. Una vez más sentí ese fuego en mi vientre y luego un estallido de sensaciones, mientras besaba entre mis piernas. Con mis sentidos enloquecidos, mi cuerpo ya no respondía a mis órdenes. Conocí el orgasmo en su lengua. El primero, el segundo y el tercero… si eres el tipo de mujer que creo y que espero que seas, estoy segura de que no te importa conocer estos detalles. Aun así, en resumen, estuve tumbada en mi cama, con su cabeza entre mis piernas hasta que mis gemidos se perdieron en suaves gritos, dando paso a una paz inédita que se instaló en mi cuerpo, haciéndome sentir

divinamente afortunada de ser mujer. Fue una sensación increíble el encontrarme ahí saciada de placer y enredada en sus brazos. Acurrucada con este hombre que, como era de esperarse, tendría una frase preparada para este momento y con el que este mago cerraría su acto: “no subestimes el goce que siento al satisfacerte.”

El resto de la noche fue de fresas, chocolates, quesos, vino y risas. De alguna forma me hizo omitir el final que nos esperaba y saboreé cada segundo de nuestra última noche en París. No hubo despedidas. Estoy segura de que esa era su intención cuando nos acostamos abrazados y caí en el sueño más profundo que hubiera imaginado.

Todavía debía lidiar con dos días y una noche más en París. De más está decirte que, sin tu padre, fueron absolutamente aburridos. Hoy, 7 años después, no encuentro superar nada de lo que viví en su compañía. No sé si hizo lo correcto en acelerar su partida, o si fue un acto egoísta. Pero le agradezco la mujer que me regaló. La mujer que ahora soy. Después de conocerlo o conocerme, no lo sé, decidí ser feliz y vivir para mí. Porque así lo merezco y me lo debo. Sé que hoy es tu cumpleaños número 30. En esa noche de risas Santiago solo habló de ti y de lo mucho que te iba a extrañar aun cuando dejara de respirar. Me contó de lo entregada que estabas a tu trabajo y de lo mucho que anhelaba que vivieras a plenitud. Me encargó una maleta vacía, la cual me pidió atiborrar de vino y de rosas. Me pidió que las rosas conservaran las espinas para que así supieras que hasta las cosas más frágiles, encuentran defenderse si no son tratadas con el cuidado y la delicadeza que merecen. Empeñado en convencerte de que algún día te permitas mostrarte y expresarte tal como eres, para dejar entrar el amor, sin miedo y entregarte sin arrepentimientos. Estaba seguro que su querida Valeria sabría escoger y, que en caso de equivocarte, conseguirías recuperarte de cualquier desamor. Ya no podía estar contigo en otro cumpleaños, pero aun así, guardaba un último regalo.

Mi nombre es Valeria. Soy la mujer que amó a tu padre los últimos días de su vida. Volví a nacer cuando lo conocí. No me conoces, pero en mí, te aseguras una amiga. Te hago llegar su último deseo. Esta vez no tengo frases gloriosas encerradas entre comillas, pero me gusta el cine y creo que puedo dejarte una línea que me encanta para cerrar esta carta. En caso que aún no conozcas el amor, espero que te persuada y te embarque en un viaje como en el que me llevó a conocer a tu padre, justo cuando tenía tu edad. Me despido, te deseo un feliz cumpleaños y te recuerdo que “siempre tendremos París”.

Madrid, 14-02-2020